

que ha sucedido no es cosa nueva. Yo tengo por usted una sincera amistad que nunca será desmentida. Si usted, por su parte, ha forzado un poco la dosis de simpatía permitida, confiese que jamás le he estimulado con mi coquetería. No le acuso por ello, sin embargo, porque un homenaje, aun siendo excesivo, que viene de usted, tiene siempre su precio para una mujer que sabe lo que vale el sentimiento. Deme usted, pues, la mano; míreme de frente, y dígame que me perdona la pequeña herida que me he visto obligada á producirle.

Redel levantó la frente, dió á la condesa una mano que temblaba demasiado para ser la de un soldado, y, sin atreverse casi á mirarla, balbuceó algunas vagas palabras y se pronunció en una retirada que no se pareció á las que para gloria suya había operado ante el enemigo.

VII

Una tarde á eso de las seis, salía Eliphas de una casa de la calle del Cuatro de Septiembre, de visitar por sí mismo á una familia de pobres vergonzantes que la señora Mossler le había recomendado, cuando vió que una obrera encantadora que iba delante de él, subía vivamente en un coche de casino que estaba parado en la esquina de la calle de Luis el Grande. Miró maquinalmente al interior del coche y vió con estupefacción al conde de Coutras que estrechaba la mano de la joven. En el mismo momento, el cochero fustigó al caballo y el coche se alejó en dirección de la Bolsa.

Encontrar á Valentín corriendo aventuras no era para asombrar extraordinariamente al señor Eliphas. Pero sorprenderle con aquella chicuela de tan ínfima condición, era una novedad. Hasta entonces no le había conocido más que querida

de cierta clase, pero la saciedad le impulsaba, sin duda, á descender, y después de los encajes y los perfumes delicados, caía en el percal y en el almizcle adulterado. Sin dejar de andar, Eliphas pensaba todas estas cosas con una cuidadosa conmiseración hacia su antigua amiga. Hacía ya tiempo había previsto que Coutras, no contento con entregarse á todo género de extravagancias, acabaría por cometer faltas que acarrearían graves onsecuencias; pero, impotente para corregirle, estaba decidido á evitar á la señora Mossler la pena de conocer las locuras de Valentín. De una vez para siempre había renunciado á intervenir en los asuntos del conde, más que en lo que pudieran referirse á Federico y á su mujer.

Hacía muchos meses le tenía muy inquieto la actitud del conde respecto de Celina. La había encontrado al principio poco conveniente y después comprometedora, y si no hubiera temido atormentar á su hijo, le hubiera aconsejado que moderase la intimidad de su mujer con el conde de Coutras. Pero tenía una gran confianza en la honradez de su nuera y veía diariamente cosas tan asombrosas en la mejor sociedad, que los manejos de Valentín podían pasar por inocentes. Lo único que agravaba la situación era la inmoralidad notoria del personaje. Á simple vista, Eliphas se sentía inclinado á juzgar malas todas las inten-

ciones que aquél pudiera tener. Estaba, pues, alerta por naturaleza, por experiencia, y tenía siempre los ojos fijos en lo que ocurría en torno de Celina. Hubiera podido descansar, por el momento, de su vigilancia, viendo al conde ocupado por distinta parte, pero esto no era, á su entender, suficiente razón para tener confianza, pues para un *dilettante* como el conde, los contrastes, aun los más acentuados, debían ser muy estimulantes.

La casualidad proporcionó, sin embargo, al ministro de la Caridad nuevas pruebas de que Valentín permanecía distraído con su obrerita. Uno de los agentes destinados á descubrir los infortunios ocultos que Eliphas se complacía en socorrer delicadamente, le contó un día que se había encontrado de manos á boca con el conde de Coutras junto al número 26 de la calle de Ramey, en una de cuyas aceras se paseaba sobre un barro infecto. Á los pocos momentos una preciosa muchacha, sin nada á la cabeza y con delantal negro de obrera, salió á la calle y, con muchas precauciones, se reunió con el conde. Pero no había empezado á hablar con él, cuando salió bruscamente un hombre de un café y con espantosas injurias, abofeteó á la muchacha que, roja y llorando, se metió en la casa, mientras se producía un violento altercado entre aquel hombre y el señor de Coutras. El asunto no duró, por lo demás, ni diez

segundos, pues el conde, de un magistral puñetazo, echó á rodar á su adversario por el arroyo. El hombre se levantó penosamente y acompañó la retirada del señor de Coutras con amenazas de muerte.

Eliphas mandó á su empleado que guardase un silencio absoluto sobre este incidente y apuntó con todo cuidado el número de la casa y el nombre de la calle. Aquella tarde comió en casa de la señora Mossler, con sus hijos, y disfrutó del interesante espectáculo de la entrada del conde de Coutras que acompañaba á su mujer, tranquilo, sonriente, sin preocupaciones.

Por primera vez en su vida, el prudente Eliphas pensó que acaso, en las diversas peripecias que ofrece la vida de un libertino pudiera haber un interés violento. Comparó la existencia tan recta, tan tranquila de su hijo, con el tempestuoso y devorador destino del conde y pensó que el hombre de mundo aventurero vive más que el pacífico padre de familia. Pero entre vivir mucho y vivir bien, ¿qué era preferible? En esto no tuvo dudas y sus invariables principios le dieron en seguida una respuesta.

Sin embargo, sorprendió en sí mismo, durante una hora, una benevolencia extraordinaria hacia Valentín. Pensó que acaso no era enteramente responsable de sus faltas, teniendo en cuenta la

herencia, las costumbres, la educación, el temperamento, y estuvo tentado por considerar al joven conde como uno de esos individuos de la raza felina, instintivamente feroces, que la naturaleza ha creado para la destrucción de las razas inofensivas.

Una maniobra de Valentín para acercarse á la mujer de Federico cambió las disposiciones del señor Eliphas. Al ver al hombre que se había batido á puñetazos en la calle de Ramey, aquella misma mañana, inclinado sobre el respaldo de un sofá para hablar más de cerca á Celina, el viejo puritano sintió evaporarse toda su indulgencia y no pensó sino en observar á aquel galán cuya peligrosa actividad conocía. Pero ¿qué podía la sagacidad de Eliphas contra la astucia de Valentín? Aquella lucha era muy desigual. La señora Mossler, que conocía mejor que su amigo lo que se podía temer de su hijo adoptivo, dirigió hacia la señora de Clement sus miradas perspicaces con mal disimulada inquietud. Estaba ya como sobre ascuas cuando veía al conde acercarse á la joven, porque le parecía que en aquella persecución tenaz, después de sus advertencias y á pesar de sus ruegos, había un ultraje á todo cuanto había respetable en ella y alrededor de ella.

La llegada del coronel Redel distrajo á la anciana de su vigilancia. La señora Mossler le vió tan sombrío y preocupado, que impulsada por el

sincero cariño que le preocupaba, le preguntó en seguida :

— ¿Qué le sucede á usted, amigo mio? No tiene usted su fisonomía habitual. ¿Le ocurre alguna contrariedad?

— Mas aún, una verdadera pena. Abandono París para no volver más.

— Pero ¿por qué?

Apenas hecha, la señora Mossler se arrepintió de su pregunta. Pero era ya tarde y la explicación que exigía le fué dada dolorosamente por Redel.

— Parece, dijo con sonrisa contraída, que me ha juzgado usted peligroso. No me lo esperaba ciertamente, pero la vida tiene esas sorpresas. Un hombre como yo debía, sin embargo, no ser considerado como un galanteador de oficio; así lo creía al menos, pero veo que me hacía ilusiones. Se me tiene por peligroso y es preciso que me aleje. Me alejaré, pues, pero confieso que esto me parece muy duro.

Al ver que Enriqueta había seguido sus consejos, la señora Mossler no se sintió tampoco muy segura de sus derechos. Como aquélla, asoció en su pensamiento al leal Redel con el falso Valentín y se preguntó si era justo afligir al uno para complacer al otro. ¿Tenía el conde necesidad de que se le protegiera? ¿No había, realmente, un poco de ironía en defender á aquel seductor de profesión

contra tan tímido y cándido rival? Redel comprendía muy bien lo ridículo de la oposición que se le hacía; así lo indicaba su protesta á la señora de Mossler, y ésta empezaba á sentir haber turbado los tranquilos goces del coronel.

— Conviene, dijo, no exagerar ni dar á las cosas colores trágicos... ¿Para qué se va usted?

— ¡Oh! Porque así lo quiero. Al menos, mis penas vendrán en provecho de mi carrera. No me encuentro bien paseando las calles de París tan sólo por el gusto de la vida civil. Desde el momento en que no pueda visitar á usted y á la señora de Coutras libre y familiarmente como hasta aquí, me aburriré hasta morir y será preciso que me vaya.

No usaba ciertamente precauciones para disfrazar su pensamiento. Iba derecho á su objeto y la pureza de sus sentimientos no resultaba por eso menos evidente.

— En un mundo, prosiguió, en que todo es permitido, en que todo se sufre, se excusa y se aprueba, hasta los actos más reprobables, no hay severidad más que para un pobre diablo de soldado que ama respetuosamente á una mujer de virtud perfecta. Es preciso que me sacrifique y me resigno. Pero que uno de esos buenos mozos que van á continuar divirtiéndose á mis expensas no me dé pretexto para incomodarme antes de mi

marcha, porque le haré ver claramente que no soy tan cómodo como parecee.

— Pero, querido Redel, dijo la señora Mossler con un principio de inquietud, no pretenderá usted probarme que amar á la mujer de su prójimo es un acto meritorio. Hablaba usted hace un momento de las facilidades y de las indulgencias de la sociedad; si usted las critica en los demás, no las exija para sí.

— Redel se inclinó y, ya con toda calma, dijo:

— Tiene usted muchísima razón, señora; mis recriminaciones no tienen fundamento. He empezado por decir que parto; ya ve usted que no me sublevo y obedezco pasivamente.

— Hijo mío, replicó la señora Mossler, me gusta menos lo que me dice usted ahora que lo que me decía hace un momento. Comprendo bien su contrariedad y participo de ella. Soy vieja, ¿quién sabe si me encontrará usted á su regreso? No quisiera, pues, que nos separásemos bajo una penosa impresión. Vuelva usted á verme; aquí será siempre bien acogido. Es usted un hombre de corazón y cuando le haya hecho ver el fondo de mi pensamiento, me comprenderá usted y me perdonará.

— ¡Oh! no tengo nada que perdonar señora; siempre ha sido usted para mí enteramente benévola. Si sufro algún agravio, no es de usted

ciertamente. Créame; tengo para usted el más respetuoso afecto y siempre le conservaré.

Después de estas palabras, dichas con sincera emoción, el coronel saludó á la señora Mossler, no queriendo darle tiempo para replicar, y atravesando el salón, fué á reunirse con el señor Eliphas que hablaba con su hijo, sin dejar de observar á Valentín. Éste, inclinado hacia la mujer de Federico, había encontrado medio para aislarse con ella, en medio de veinte personas, y de obligarla á escucharle, no sin resistencia por parte de la joven, cuya sonrisa, máscara de su impaciencia, se avenía mal con la palidez de su semblante y con la inquietud de su mirada.

— El mes que viene me voy á Niza, decía el conde, y desde allí me embarcaré en mi buque para ir á Egipto. Debería usted venir, con su marido, que, según dice, tiene intereses importantes en Alejandría. Le dejaríamos allí y nosotros remontaríamos el Nilo hasta la segunda catarata. Á mi mujer la gustaría mucho que fuese usted con ella.

— La condesa no va á Egipto. Me ha dicho que este invierno se quedará en París.

— Razón de más para que acepte usted mi proposición. Eso decidiría á Enriqueta.

— Cualquiera diría que desea usted llevarla.

— Seguramente, si con su presencia consigo la de usted.

— Renuncie usted á semejante cosa.

— Entonces se acabó mi viaje. No le emprendía más que por usted. ¡Hubiera sido tan dichoso teniéndola á mi lado, íntimamente, durante algunas semanas!... Bajo aquel cielo nuevo, en aquel cuadro imprevisto, las ideas de usted hubieran, acaso, cambiado, y me hubiera tratado con más indulgencia.

— No es probable. Y en todo caso hubiera sido ir muy lejos para tener esa seguridad...

— No pido más que intentar la experiencia más de cerca.

Celina bajó la cabeza con cansancio.

— Pero, conde, sea usted generoso; ahórreme usted esas continuas alusiones á un asunto que me es muy penoso... Usted ve que no tiene nada que esperar de sus tentativas... Tenga la delicadeza de no encarnizarse. Me atormenta usted, me tortura... Tenga piedad de mí.

Al decir estas palabras, Celina tenía lágrimas en los ojos.

Valentín no se conmovió y feroz en su sensual egoísmo, dijo:

— ¿Por qué lucha usted?... No soy yo, es usted misma quien se atormenta.

— ¿No tengo, entonces, el derecho de rechazarle? Tenga usted cuidado de no obligarme á tomar un partido extremo...

— ¿Y qué puede usted hacer?

— Decírselo á mi marido.

Con irónica mirada Valentín le señaló á Federico que, encorvado con su alta estatura, escuchaba con atención lo que su padre le estaba diciendo. Celina vió tan claramente la ineficacia del socorro que podía esperar de aquel buen hombre de apariencia inofensiva; midió tan por completo la diferencia que existía entre el marido, entregado á sus negocios, y el amante, entregado á sus caprichos, que se escapó de sus labios un suspiro de desaliento. Pero de no encontrarse defendida no se deducía que tuviera que abandonarse. Echó una mirada de desesperación hacia el grupo en que estaba su marido. Federico, abstraído con el señor Eliphas, no sorprendió la llamada angustiosa de su mujer.

— ¿Ve usted como la comprende? dijo en tono de burla Valentín. Buena cándida es usted al guardarse para un hombre que le hacían poco caso.

— Me guardaré para mí misma.

— ¡Cuánta dicha perdida!

Celina hizo un movimiento para levantarse, no viendo más que este medio para cortar la conversación, y buscó vagamente á su alrededor alguien que le sirviera de pretexto para dejar aquel sitio. Sus ojos se encontraron con los de Redel que, apoyado en la puerta, escuchaba distraído la conversación de negocios del padre y el hijo. Sin duda

fué muy elocuente aquella mirada, porque el coronel, sin vacilar, se adelantó hacia la joven y dijo inclinándose ante ella :

— ¿ Me llama usted, señora ?

— Sí, coronel. Me ahogo aquí...

— ¿ Por qué no lo decía usted ? dijo Valentín. Podíamos habernos marchado á hablar en el invernadero. Mi madre ha hecho poner en él unos mármoles que valen la pena de ir á verlos.

— Pues bien, el señor Redel me los enseñará.

El conde sonrió y, en seguida, como si dijese la cosa más natural del mundo, replicó :

— Esperen ustedes entonces; voy á llamar á mi mujer. Ya saben cuánta es su competencia artística. Ella disertará con el coronel y usted la escuchará conmigo...

Redel tuvo un pequeño estremecimiento; una llama se encendió en sus ojos y abrió la boca para responder; pero Celina, más rápida que él, repuso:

— Decididamente, prefiero retirarme. Coronel, tenga usted la amabilidad de llamar á mi marido...

Redel dudó un instante. Su mirada se fijó en Valentín con expresión singularmente amenazadora, y se mordió los labios como para contener las palabras que querían escaparse. Valentín le examinaba con insolente curiosidad, esperando que se decidiese á hablar, y resultaba tan temible, que Celina temió que se produjera una colisión

inmediata entre aquellos dos hombres cuyo odio latente acababa de manifestarse en un segundo.

— Vaya usted, dijo, empujando con ademán suplicante al coronel, que no se resolvía á alejarse.

— Ha hecho usted muy bien en enviarle, dijo el conde á Celina. Empieza á atacarme los nervios vuestro Redel. Que se ocupe de mi mujer, pase; no veo inconveniente en ello. Pero no sufriré que se interponga entre usted y yo.

— ¿ Qué haría usted ? preguntó Celina con emoción.

— Proporcionar un ascenso á un jefe de escuadrón.

— Usted no es tan malo como quiere parecer...

— ¡ Más, mucho más, cuando se trata de usted, contestó Valentín en voz baja. Todo me importará poco, lo he dicho y lo he probado, para obtenerla...

Se inclinó ante ella, con afectado respeto, y añadió volviéndose :

— Buenas noches, señora; aquí tiene usted á su marido.

Se marchó, acompañada por Federico y por el señor Eliphas, al que dejaron en su casa. Una tristeza profunda se apoderó de ella. Aquella tenacidad del conde, poco habitual en un hombre tan ligero, la turbaba gravemente y empezaba á tener miedo. Hasta entonces había pensado que sería

siempre dueña de sí misma y que defendida por su voluntad y por el cariño de los suyos, sería inexpugnable. Ya, empezaba á dudar. Veía á sus aliados naturales poco diestros y mal armados para protegerla. Con dolorosa emoción, recordaba la actitud amenazadora de Valentín en presencia de Redel y se decía : « Sería capaz de matar al hombre que le estorbase. ¿ Podría suceder que por mi culpa corriese Federico un peligro? » Se estremeció ante la idea de que las imprudencias del conde hiciesen necesaria una explicación entre su marido y ella. ¿ Qué decir? ¿ Cómo hacerle comprender la persecución furiosa de que era objeto y probarle que no había hecho nada para fomentarla?

Su suegro, tan formalista, tan riguroso, á pesar del afecto sin límites que la había dedicado, era el que más la aterrorizaba. No tenía indulgencia ni para las sencillas ligerezas ; bien lo había probado en muchas ocasiones con sus críticas ; ¿ qué sería cuando se tratase de hechos serios que pudieran suponer un peligro para su hijo? Y todo á causa de aquel execrable Valentín... ¿ Execrable? Á esta frase de su silencioso monólogo, juzgó necesario interrogarse á sí misma y precisar, aunque tuviera que avergonzarse á sus propias miradas, el verdadero estado de su corazón. ¿ Había, siquiera un instante, amado á Valentín? Él lo afirmaba orgullosamente y aunque ella lo había negado con

rabia, no estaba segura de haber dicho la verdad. ¡ Oh! En el presente momento le odiaba ciertamente, pero ¿ estaba cierta de que no le había gustado durante una hora lo bastante para animarle á las imprudencias que tan fatal resultado habían tenido?

Evocó en su pensamiento la imagen de Valentín y le vió elegante, cariñoso, con sus ojos azules, su bigote rubio, su hermosa figura, su voz acariciadora, tan seductor, en fin, que no podía tener duda de que le había deseado, víctima de su carne, que escapando por un momento al yugo del espíritu la había hecho traición en un impulso de voluptuosidad. Tuvo vergüenza de sí misma y le pareció que con aquel ciego instinto que la había entregado á los abrazos de un macho, había descendido al nivel de las bestias. Al mismo tiempo se preguntó con angustia si la persecución encarnizada de Valentín podría estar justificada en cierto modo por su primer éxito. Y, hecho singular é ilógico en alto grado, el pensamiento de que Valentín pudiera estar en su derecho deseándola, hizo que le odiara más mortalmente.

Sus vacilaciones cesaron, sus dudas desaparecieron y decidió resistir á Valentín, resultase lo que quisiera. Pero no bastaba esclarecer su pensamiento ; era preciso fijarse en un plan para sus traerse á los ataques de aquel perseguidor peligroso

y que ese plan asegurase la tranquilidad de Celina y la seguridad material de los suyos. Comprendió desde luego que no podría defenderse sola; le era, pues, necesario un aliado. Pero ¿cuál? Su marido y su suegro debían ser desde luego desechados. ¿La señora Mossler? En la ignorancia en que Celina se hallaba acerca del paso dado por aquella cerca de Valentín, ¿cómo no desconfiar de la ciega ternura que hacía á aquella madre esclava de su hijo?

Era, sin embargo, posible que entre un deber y una afección la señora Mossler no dudase. Era puritana como el señor Eliphaz y si la solidez de sus principios se sobreponían á su indulgencia acaso estaría allí la salvación.

Pero las probabilidades de éxito resultaban muy débiles, la influencia del conde se presentaba siempre formidable y Celina retrocedía ante la difícil revelación de las tentativas de que era víctima.

Entonces se le ocurrió la idea arriesgada de dirigirse á la señora de Coutras. Conocía la firme razón de la joven, por haber sido la confidente de sus desilusiones, y sabía que era leal, generosa y buena. En tomarla como auxiliar había sólo ventajas y ningún inconveniente. Entre ella y Valentín no existía ya sino el vínculo social. Llamada á su socorro por Celina, no vacilaría en prestarla el

más firme apoyo. Quedaba sólo determinar la medida en que convenía confiarse á ella. ¿Quién obligaba á Celina á decírselo todo? Las persecuciones de Valentín eran bastante públicas para que la condesa no tuviese necesidad de pruebas.

Á hora avanzada de la noche y mientras todo dormía alrededor de ella con pacífico sueño, Celina meditaba sobre su grave determinación y cuanto más discutía su oportunidad, más se afirmaba en la certidumbre de que era necesaria. Se metió en la cama cuando la mañana blanqueaba sus balcones y, muy resuelta á ejecutar el plan que había concebido, se encontró un poco más tranquila.

El día siguiente, á eso de las cinco, se dirigió á la avenida de Friedland, sabiendo que Enriqueta estaba siempre visible para sus amigos antes de comer. Estaba, pues, segura de encontrarla en casa. Su contrariedad fué grande cuando un lacayo le dijo que la señora condesa había temido que salir á las cuatro y no había dejado órdenes para la recepción. La mujer de Federico se quedó indecisa, pero el mayordomo, que apareció en aquel momento, dijo que la señora condesa volvería en seguida, porque tenía una cita dada para las seis, y que, si la señora quería, podría esperarla. Celina convino en ello y, conducida por el criado, penetró en el saloncillo donde la señora de Coutras recibía á sus íntimos.

La habitación estaba sombría y el olor amargo de las orquídeas procedentes de las estufas de Sauvigny hacía pesado el aire. Celina se sentó y permaneció durante un cuarto de hora oprimida por aquella atmósfera y como aturdida por la semioscuridad. Un ligero ruido de roce de cortinas la volvió á la realidad y creyendo que llegaba la que estaba esperando, se volvió con la sonrisa en los labios, pero se quedó petrificada al ver entrar á Valentín. Éste se acercó con la mano extendida y con aire pacífico y Celina se repuso en un instante y recobró su sangre fría. ¿Qué podía temer en aquel hotel lleno de criados, á dos pasos de la habitación de la condesa, cuando bastaría una llamada, un grito, para que viniese cualquiera? Así lo pensó y, arriesgada como siempre, en lugar de ponerse á la defensiva, se preparó á hacer frente á su temible adversario. Por el momento parecía éste buena persona y, por muy tigre que fuera, ponía pata de terciopelo y escondía las uñas.

— ¡Cómo! ¿Está usted aquí sola? ¡Y no me lo han advertido! Si la casualidad no me trae por aquí, no veo á usted...

— ¡Gran desgracia!

— ¡Inmensa!...

— ¿Por qué prodigio se encuentra usted en su casa?

— Presentimientos de que vendría usted.

— No diga usted tonterías. ¿Sabe usted si su mujer vendrá pronto?

— Soy el que menos podría decírselo á usted.

¿Sé yo nunca lo que hace?

— Porque no quiere usted.

— Seguramente.

— ¿Será usted siempre un marido deplorable?

— Tanto como podría ser un excelente amante.

Celina se puso seria. La conversación tomaba un giro que no le gustaba y comprendía que era por su culpa. Valentín era un hombre con el que no se podía bromear y desde su llegada, á pesar de las razones que tenía para desconfiar, estaba jugando con él.

— Su mujer de usted no vuelve y voy á marcharme.

— Usted la esperaba, luego soy yo quien la estorba.

— Sí.

— Entonces la dejo libre el campo.

— Se lo agradezco á usted.

— Verdaderamente es usted atroz conmigo.

— ¿No hace usted todo lo necesario para excitarme?

— Adiós, entonces.

— Adiós.

Con cara de contrición y una prudente lentitud,